

## VII

El santo de Gervasia caía en 19 de junio. Los días de días, en casa de los Coupeau, se metía la olla grande dentro de la chica; eran banquetes de los que salían los convidados redondos como pelotas, y el vientre lleno por toda la semana. En tales épocas había limpieza general de moneda. En cuanto reunían cuatro sueldos, venga comilona. Hasta inventaban aniversarios en el almanaque, á fin de hallar pretexto para darse un atracón. Virginia aprobaba y aplaudía que Gervasia se hartase de buenas tajadas. Cuando una tiene un marido que todo se lo bebe, es acción meritoria no dejar que la casa se vaya en líquidos sin antes lastrarse bien el estómago. Toda vez que el dinero había de derretirse, tanto valía dar de ganar al carnicero como al tabernero. Y Gervasia cada día más glotona; aceptaba esta excusa. ¡Tanto peor! Si no ahorrabán un miserable sueldo la culpa era de Coupeau. Y á todo esto iba engordando de día en día, y cojeando más aún; en razón á que su pierna, á medida que aumentaba con la grasa, parecía acortarse á proporción.

Aquel año empezó á hablarse de la fiesta un mes antes. Estudiábanse los platos, relamiéndose los labios. La tienda en peso tenía vivos deseos de que llegara el gran día. Era menester una broma hasta allá, algo extraordinaria y que metiese bulla. ¡Dios mío! no todos los días se puede pasar un buen rato.

La gran preocupación de la planchadora era saber á quiénes invitaría; deseaba tener doce personas en la mesa, ni una menos. Ella, su marido, mamá Coupeau y la señora Lerat, sumaban ya cuatro de la familia. También asistirían los Gouget y los Poisson. En un principio habíase propuesto no invitar á sus oficialas la señora Putois y Clemencia, para no darles demasiada franqueza; pero como quiera que se hablaba continuamente de la fiesta delante de ellas y viese las jetas que ponían, acabó por invitarlas. Cuatro y cuatro, ocho, y dos, diez. Entonces, empeñada en completar absolutamente la docena, reconcilióse con los Lorilleux;

que la iban rondando desde hacía algún tiempo, ó por lo menos se convino que los Lorilleux bajarían á comer, y se harían las paces con la copa en la mano. Es positivo que no puede uno quedar reñido siempre con su familia. Además, la idea de la fiesta enternece los corazones todos. Era una ocasión imposible de rechazar.

Quando los Roche tuvieron noticia de la reconciliación proyectada, volvieron á revolotear en torno de Gervasia con mil atenciones y amables sonrisas, y fué preciso rogarles que aceptaran su invitación. ¡Vaya! Serían catorce, sin contar á los niños. Como en su vida había dado un banquete semejante, estaba la planchadora alteradísima, y no cabía en sí de orgullo.

Precisamente el día de la fiesta era un lunes, lo cual no dejaba de ser una ganga para Gervasia, que así podía disponer de la tarde del domingo para comenzar á guisar. El sábado, mientras las oficialas concluían su tarea, entablóse una larga discusión en la tienda á fin de decidir resueltamente qué se comería. Un solo plato estaba adoptado desde hacía tres semanas; un pato cebado asado. Hablábase de él con ojos golosos. Ya estaba comprado. Mamá Coupeau fué á buscarlo para que lo tomasen á peso Clemencia y la señora Putois, y hubo un concierto de exclamaciones; tan enorme les pareció aquella pieza, de piel áspera; hinchada de amarilla grasa.

—Antes del pato, el cocido, ¿verdad?—preguntó Clemencia.—La sopa y un poco de cocido son convenientes siempre... Después no vendría mal un plato de salsa.

La mocetona Clemencia propuso un guisado de conejo, pero todo el mundo dijo que era un plato muy vulgar y que estaban hartas de él. Gervasia soñaba en algo más distinguido. En esto la señora Putois indicó un guiso de ternera y los demás se miraron, sonriendo con aprobación. Era una buena idea; nada hacía tanto efecto como aquel guiso.

—Después—repuso Gervasia,—falta todavía otro plato de salsa.

Mamá Coupeau propuso pescado. Mas las otras hicieron una mueca, golpeando más fuerte con sus plan-

chas. A nadie gustaba el pescado; es manjar indigesto y además todo se vuelven espinas. A la bisoja Agustina, que se atrevió á decir que le gustaba el rodaballo, le cerró la boca Clemencia con un revés. Por fin, la patrona acababa de encontrar como plato á propósito un lomo de cerdo con patatas, que hizo reír de contento todos los semblantes, cuando entró Virginia como un huracán, encendida la faz.

—¡Llegáis á tiempo!—exclamó Gervasia.—Enseñad-le el pato, mamá Coupeau.

Y mamá Coupeau fué á buscar por segunda vez el ave cebada que Virginia hubo de tomar á peso, diciendo: «¡Pardiez! ¡no está poco gordo!» Y acto seguido lo dejó en el ángulo de la mesa, entre unas enaguas y un lío de camisas. Estaba preocupada; y llevándose á Gervasia á la trastienda:

—Querida—murmuró rápidamente,—vengo á avisaros... ¿A que no adivináis á quién he encontrado en el extremo de la calle? Nada menos que á Lantier, que está allí rondando y acechando... Entonces, he venido corriendo, pues comprenderéis que esto me asusta por vos.

La planchadora habíase puesto repentinamente pálida. ¿Qué pretendía aquel desdichado? Y precisamente venía á caer como una bomba en medio de los preparativos de la fiesta. La mala suerte la perseguía; ni siquiera podía disfrutar con tranquilidad un rato de placer. Mas Virginia le respondía que era una tonta en quemarse la sangre. ¡Pardiez! Si Lantier se atrevía á seguirla, con llamar un municipal y hacerlo arrestar bastaba y sobraba.

Desde hacía un mes que su marido había obtenido el destino de municipal, la buena moza adoptaba aires caballerescos y hablaba de arrestar á todo el mundo. Y como quiera que iba levantando la voz, diciendo que le gustaría que alguien la pellizcara por la calle, con el solo objeto de llevar ella misma al insolente al cuartelillo y entregarlo á Poisson, Gervasia, con un gesto la suplicó que se callase, pues las oficiales estaban escuchando. Dicho esto volvió á entrar en la tienda y repuso, afectando la mayor tranquilidad:

—Ahora falta un plato de legumbre...

—¿De legumbre? pues guisantes con manteca—dijo Virginia.—Siempre estaría comiéndolos...

—¡Sí, sí, guisantes con manteca—aprobaron todas las demás, mientras que Agustina, entusiasmada, removía violentamente con las tenazas las brasas del hornillo.

Al día siguiente, domingo, á las tres de la tarde, encendió mamá Coupeau los dos hornillos de la casa, y otro de barro que le prestaron los Roche. A las tres y media hervía el puchero en una gran marmita, prestada por el restaurant de al lado, por haber considerado demasiado chica la marmita de la casa. Habíase resuelto aderezar la víspera el guiso de ternera y el lomo, en atención á que estos platos son mejores recalentados, aplazando preparar la salsa de la ternera para el momento de sentarse á la mesa. Y aun así quedaría bastante tarea para el lunes: la sopa, los guisantes con manteca, el pato asado.

La trastienda estaba completamente iluminada por la lumbre de los tres braseros; rojas llamaradas rodeaban las sartenes con desprendimiento de espeso humo de harina tostada, mientras que la marmita grande espiraba chorros de vapor como una caldera, sacudidos sus flancos por graves y profundos borboriguos. Mamá Coupeau y Gervasia, escudadas por blancos delantales, animaban la habitación con su incesante vaivén, ya desbrizando el perejil, ya corriendo en busca de la sal y de la pimienta, ya removiendo las tajadas con el cucharón de palo.

A Coupeau le habían enviado á pasearse, á fin de que dejara el campo libre, mas no se libraron de que la tienda se llenara de visitas toda la santa tarde. Oía tan bien á cocina en toda la casa, que las vecinas bajaron una en pos de otra, pretextando una excusa cualquiera para entrar y saber qué se guisaba; y ya en la tienda, quedábanse de plantón, esperando á que la planchadora se viese obligada á levantar las tapaderas. Después, á eso de las cinco, apareció Virginia, y confesó que había vuelto á ver á Lantier; decididamente no podía una poner los pies en la calle sin tropezar con él.

También la señora Roche acababa de atisbarle en el

extremo de la acera, alargando la cabeza con aire socarrón. Entonces, Gervasia, que precisamente iba á salir por un sueldo de cebollas tostadas para el puchero; vióse atacada de un temblor nervioso, y no se atrevió á verificarlo, tanto más cuanto que la portera y la costurera le llenaban de espanto contándole terribles historias de hombres que esperaban á las mujeres con cuchillos y pistolas ocultos bajo el gabán. ¡Pardiez! cada día se leían casos en los periódicos. Cuando uno de esos canallas monta en cólera al encontrar á una antigua querida feliz con otro amante, es capaz de todo. Virginia se ofreció gustosa á salir por las cebollas tostadas. Las mujeres deben ayudarse unas á otras; y no podía permitir que asesinasen á su pobre amiga. Cuando regresó, dijo que Lantier ya no estaba allí, y que debía haberse largado al verse descubierto.

No por ello dejó de versar sobre él la conversación; en torno de las sartenes, hasta la entrada de la noche. La señora Boche aconsejaba que se enterase del asunto Coupeau; mas Gervasia se negó, dando muestras de gran temor, y suplicando que nunca se le dijese una palabra sobre estas cosas. ¡Vaya! ¡buena se armaría! Su marido debía sospechar algo ya, pues desde algunos días á aquella parte, al acostarse, echaba por la boca sapos y culebras y descargaba tremendos puñetazos en la pared.

A la planchadora temblábanle las carnes pensando que los hombres se podían matar por ella; conocía lo celoso que era Coupeau, y sabía que era muy capaz de abalanzarse sobre Lantier con sus tijeras. Y á la vez que las cuatro mujeres se engolfaban en este drama, las salsas cocían lentamente en los hornillos; la ternera y el lomo, cuando mamá Coupeau destapaba las sartenes, exhalaban un ligero rumor, un estremecimiento discreto, y el puchero continuaba su roncar de sochantre dormido panza al sol. Al fin acabaron por escaldarse cada cual una sopa en una taza, para probar el caldo.

Por último llegó el lunes. Siendo los convidados catorce, y temiendo Gervasia que no iba á poder colocarlos á todos, se decidió á poner la mesa en la tienda, y desde el amanecer empezó á medir la habitación

con un metro, para saber en qué dirección la colocaría. En seguida, fué preciso desocupar de ropa y desmontar el mostrador, pues la tabla del mostrador, colocada sobre cuatro banquillos, debía servir de mesa. Mas, precisamente en mitad de aquel zafarrancho, presentóse una parroquiana y armó la de Dios es Cristo; porque estaba esperando su ropa desde el viernes, y como se burlaban de ella, quería su ropa inmediatamente. Entonces Gervasia dió mil excusas, mintiendo con la mayor sangre fría; dijo que no era suya la culpa, que estaba limpiando la tienda, que las oficiales no volverían hasta el día siguiente, y despidió á la parroquiana calmada ya, ofreciéndole que se ocuparía de su ropa á primera hora. Después, cuando la parroquiana se hubo marchado, vomitó mil imprecaciones. En verdad, si se hubiese de escuchar á las parroquianas, ni siquiera le quedaría á una tiempo de comer, ¡matándose la vida entera por sus lindos ojos! ¡que si quieres! Aunque el Gran Turco en persona le hubiese llevado un cuello de camisa, ofreciéndole cien mil francos por él, no daría un solo planchazo aquel lunes, pues al fin y al cabo eran sus días; y quería gozar como otra cualquiera.

La mañana entera se pasó terminando las compras. Por tres veces salió Gervasia y volvió cargada como una acémila. Y, cuando iba á salir por cuarta vez para encargarse del vino, advirtió que no le quedaba bastante dinero. Bien hubiera podido tomarlo al fiado; pero, con todo, la casa no podía quedar sin un sueldo para los gastillos imprevistos. Y, en la trastienda, mamá Coupeau y ella quedaron desoladas, calculando que al menos necesitaban veinte francos. ¿Dónde encontrar esas cuatro monedas de cien sueldos? Mamá Coupeau, que en otros tiempos había servido en casa de una comiquilla del teatro de Batignolles, pensó al momento en el Monte de Piedad. Gervasia sonrió como si le hubiesen quitado un peso de encima. ¡Qué bestia era! ¡no ocurrírsele este expediente! Inmediatamente envolvió un vestido de seda negra en una servilleta, sujetando los cabos con alfileres, y ocultando el lio debajo del delantal de mamá Coupeau, le recomendó que lo aplastase bien contra la barriga á fin de que los ve-

cinos no se enterasen, y se puso de acecho en la puerta, para ver si alguien seguía los pasos de la anciana. No había llegado ésta delante de la puerta del carbonero, cuando la llamó de nuevo:

—¡Mamá! ¡mamá!

Y, haciéndola entrar en la tienda, quitóse del dedo su sortija, diciéndole:

—Tomad esto también; así prestarán más dinero.

Y cuando mamá Coupeau le entregó á su regreso veinticinco francos, se puso á brincar de gozo. Iba á encargar, como «extra», seis botellas del lacrado para beberlas con el asado. Los Lorilleux quedarían aplastados.

Desde hacía quince días el sueño dorado de los Coupeau era aplastar á los Lorilleux, á esos cazurros, marido y mujer, lindo par en verdad, que se encerraban bajo doble vuelta de llave cuando comían un buen plato, como si lo hubiesen robado, ó bien tapaban la ventana con una manta para ocultar la luz y hacer creer que dormían.

Obrando así, impedían naturalmente que se subiese á su cuarto, y glotonaban solos, y se daban prisa á atracarse, sin hablar una palabra más allá que la otra. Y al día siguiente, guardábanse mucho de tirar los huesos á la basura, para que no se supiese lo que habían comido; la señora Lorilleux iba, al extremo de la calle, á tirarlos á una cloaca; una mañana había sorprendido Gervasia vaciando en tal sitio un cesto lleno de conchas de ostras. ¡Ah! no, de seguro, los tales tragones nada tenían de espléndidos, y todas aquellas estratagemas provenían de su manía de querer parecer pobres.

¡Pues bien! se les daría una lección, demostrándoles que no todos son roñosos en el mundo. A poder ser, Gervasia habría puesto su mesa en medio de la calle, para invitar á todos los transeúntes. El dinero no ha sido inventado para dejarle que se enmohezca, y es más bonito, cuando reluce nuevo al sol. Tan poco se parecía actualmente á sus cuñados la planchadora, que los días que tenía veinte sueldos, se las arreglaba de manera para dar á entender que tenía cuarenta.

**Mamá Coupeau y Gervasia no cesaron de hablar de**

los Lorilleux mientras ponían la mesa, á las tres de la tarde.

Habían colocado unas grandes cortinillas en el aparador; pero como hacía mucho calor, quedó abierta la puerta, y la calle entera pasaba por delante de la mesa. Las dos mujeres no colocaban un jarro, una botella, un salero, sin que en su distribución dejase de guiarles una intención vejatoria para los Lorilleux. Reservábanles un sitio desde el cual pudiesen ver la soberbia perspectiva del servicio, reservando también para ellos la mejor vajilla, sabiendo que los platos de porcelana les daría el cachetazo.

—¡No, no, mamá Coupeau, no les pongáis esas servilletas! ¡Tengo para ellos dos adamascadas!

ciana.

—De seguro que van á reventar—murmuró la anciana.

Y las dos se sonrieron, en pie á ambos lados de la gran mesa blanca, cuyos catorce cubiertos alineados les causaban no poco envanecimiento. Parecía aquello como si hubiese un altar en mitad de la tienda.

—Pero ¿por qué son tan roñosos?—repuso Gervasia.—Ya sabéis cómo mintieron el mes pasado, cuando dijo la mujer, á quien quiso oír, que había perdido un trozo de cadena de oro, yendo á devolver la tarea. ¡Como si fuera posible que perdiese algo! Aquello fué simplemente una manera de llorar miserias y á fin de no daros vuestros cien sueldos.

—Aún no los he visto más que dos veces, mis cien sueldos—dijo mamá Coupeau.

—¿Qué apostáis á que el mes que viene inventan otro cuento?... Así se explica por qué cierran su ventana cuando se comen un conejo. De lo contrario, asistiría el derecho de decirles: «Puesto que os coméis un conejo, bien podríais dar cien sueldos á vuestra madre.» ¡Si son unos descastados! ¿qué habría sido de vos, si yo no os hubiese recogido en mi casa?

Mamá Coupeau meneó la cabeza en señal de afirmación. Aquel día estaba completamente en contra de los Lorilleux, á causa del gran banquete que daban los Coupeau. Sus glorias eran la cocina, las charlas alrededor de las cacerolas, y las casas puestas en dan-

zā por las comilonas en un día de días. Además, corría ordinariamente muy buenas parejas con Gervasia. Aunque á veces, sin embargo, cuando disputaban, como sucede en todas las familias, la anciana refunfuñaba, considerándose horriblemente desgraciada por hallarse así á merced de su nuera. En el fondo, guardaba cierto cariño á la señora Lorilleux, que al fin era hija suya.

—¡Vaya!—repitió Gervasia;—¿estaríais tan gorda si vivieses con ellos? ¡Y sin café, ni rapé, ni golosinas!... Decidme, ¿os hubieran puesto dos colchones en la cama?

—No, por cierto—respondió mamá Coupeau.—Cuando lleguen, me colocaré enfrente de la puerta para ver qué nariz ponen.

La nariz de los Lorilleux la alegraba de antemano. Pero no era cosa de permanecer allí de plantón, contemplando la mesa. Los Coupeau habían almorzado tarde, á eso de la una, unas cuantas rodajas de salchichón, porque los tres hornillos estaban ocupados, y á fin de no ensuciar la vajilla preparada para el banquete. A las cuatro, las dos mujeres se pusieron á ultimar su tarea. El pato se asaba en un fogón colocado en el suelo cerca de la ventana abierta, y era tan grande que fué necesario introducirlo casi á la fuerza en el asador.

La bisoja de Agustina, sentada en un banquillo, recibiendo de lleno el reflejo de incendio del fogón, rociaba con gravedad el pato echándole la manteca con un cucharón de largo mango. Gervasia se ocupaba de los guisantes. Mamá Coupeau, trastornada su cabeza entre tanto y tanto plato, iba de acá para allá, esperando el momento de poner á recalentar la ternera y el lomo. A las cinco comenzaron á llegar los convidados. Las primeras fueron las dos oficiales Clemencia y la señora Putois, endomingadas las dos, la primera de azul y la segunda de negro. Clemencia llevaba un geranio y la señora Putois un heliotropo; y Gervasia, que en aquel momento tenía las manos llenas de harina, hubo de aplicar á cada una dos afectuosos besos, echando atrás las manos. Después, casi inmediatamente, entró Virginia, vestida como una señora, con un traje

de muselina estampada y manteleta y sombrero, aun cuando para acudir sólo debía atravesar la calle. Levaba un tiesto de claveles rojos, y dió un estrecho abrazo á la planchadora.

Por fin aparecieron Roche con un tiesto de pensamientos, la señora Roche con un tiesto de reseda, y la señora Lerat con un toronjil, un tiesto cuya tierra iba cayendo sobre su vestido de merino violeta. Toda esta gente se abrazaba, se besaba, se amontonaba en la tienda, en medio de los tres hornillos y del fogón, de los que se exhalaba un calor de asfixia. Los ruidos del freir de las sartenes sofocaban las voces. Uno de los vestidos enganchóse en el asador, y causó profunda emoción.

Olia tan fuerte el pato asado, que las narices se dilataban. Y Gervasia, excediéndose en amabilidad, daba las gracias á cada cual por su ramillete, sin por ello descuidar la preparación de la salsa de ternera, en el fondo de un plato sopero. Había colocado los tiestos en la tienda, al extremo de la mesa, sin quitarles el gracioso cucurucho de papel que los ordenaba, y á los olores de la cocina mezclábase el suave perfume de las flores.

—¿Queréis que os ayudemos?—preguntó Virginia.— ¡Cuando pienso que hace tres días que trabajáis en preparar todo esto, y que todo va á desaparecer en un abrir y cerrar de ojos!

—¡Caramba!—respondió Gervasia;—estas cosas no se hacen por sí solas... No, no os ensuciéis las manos. Ya veis que todo está dispuesto. Sólo falta la sopa...

Entonces todo el mundo empezó á aligerarse de ropa, para mayor comodidad. Las mujeres dejaron sobre la cama sus manteletas y sus gorros, después recogieron las faldas, prendiéndolas con alfileres, para no mancharlas.

Roche, que había mandado á su mujer á que tuviera cuidado de la portería hasta la hora de comer, empujaba ya á Clemencia contra un ángulo de la estancia, preguntándole si tenía cosquillas; y la oficiala jadeaba, se retorcia, acurrucándose y agitado el pecho hasta el punto de hacer estallar su corsé, pues la

sola idea de que la hiciesen cosquillas le causaba un estremecimiento general.

Las otras mujeres, con el fin de no estorbar á las cocineras, acababan de pasar también á la tienda, donde permanecían arrimadas á la pared, de cara á la mesa, y como la conversación continuase por la puerta abierta, y no se oían unas á otras, á cada rato volvían á la trastienda, invadiéndola á gritos, y rodeando á Gervasia, que se distraía de su tarea contestándoles, con el humeante cucharón en la mano.

Todos reían, y las frases que se soltaban eran cada vez más picantes. Habiéndosele ocurrido á Virginia decir que no comía desde hacía dos días, para dejarse un agujero en el estómago, la indecuenta Clemencia declaró que por su parte se había agujereado, tomando por la mañana «un caldo puntiagudo» (1), como los ingleses.

Entonces Roche dió un medio para digerir al momento, el cual consistía en apretarse contra una puerta, después de cada plato; así lo practican los ingleses, y el tal ejercicio permite comer doce horas seguidas sin fatigar el estómago. La buena educación exige que se coma mucho cuando le convidan á uno. No se guisa ternera, y cerdo y pato, para los gatos. Tranquila podía quedar la patrona, pues la limpiarían los platos con tal perfección, que no necesitaría lavarlos al día siguiente.

Y la reunión parecía abrirse el apetito, aspirando con fuerza los olores que se exhalaban de las sartenes y del asador. Las mujeres acabaron por hacer como las niñas; jugaban á empujarse, corrían de una habitación á otra, conmoviendo el piso, removiendo y desarrollando los olores de cocina con sus faldas, en una ensordecedora batahola, en que las risotadas se mezclaban con los golpes de cuchillo con el que mamá Coupeau picaba el lardo.

Precisamente Gouget se presentó en el momento en que todas saltaban y gritaban, riendo. Y no se atrevía á entrar, intimidado, con un gran rosal blanco en los brazos, una planta magnífica cuyo tallo le llegaba á la cara entremezclando sus flores con su dorada barba. Gervasia corrió á su encuentro, encendidas las mejillas

llas por el calor de los hornillos. Mas el herrero no sabía cómo desembarazarse de su tiesto, y cuando la planchadora se lo tomó de las manos, tartamudeó, no atreviéndose á besarla. Y ella se vió precisada á levantarse sobre las puntas de sus pies, y arrimar su mejilla contra sus labios; y tan cortado estaba él, que le dió un beso en el ojo con tal violencia, que por poco la deja tuerta. Los dos quedaron confusos y temblorosos.

—¡Ah! ¡señor Gouget! ¡qué regalo tan precioso!— dijo Gervasia colocando el rosal junto á las otras flores, por cima de las cuales sobresalía con todo su penacho de follaje.

—¡No tal, no tal!—repetía él, sin saber qué decir. Y cuando, después de exhalar un fuerte suspiro, se encontró algo repuesto, anunció que no contarán con su madre, pues la ciática no la dejaba salir de casa. Gervasia se quedó desconsolada á tal noticia, y al momento se le ocurrió apartar para la buena señora un trozo de pato, pues tenía empeño en que lo probara. Ya no se aguardaba á nadie. Coupeau debía estar por el barrio haciendo tiempo, en compañía de Poisson, á quien había ido á buscar á su casa, después de almorzar. No tardarían en llegar, pues habían prometido ser puntuales á las seis.

Entonces, como la sopa estaba ya casi hecha, llamó Gervasia á la señora Lerat, diciéndole que le parecía llegado el momento de subir á avisar á los Lorilleux. Al oír esto la señora Lerat adoptó un aire muy grave, pues ella había sido la que negociara las paces y arreglado entre ambas familias la ceremonia de la reconciliación. Cogió su chal y su sombrero, y subió, erguida en sus enaguas, con el continente que requería su importante misión. La planchadora, en el interior, continuó removiendo la sopa, que era de macarrones; sin decir una palabra. La reunión, que en espera del suceso se había formalizado de repente, aguardaba con solemnidad.

La primera que apareció fué la señora Lerat. Había salido por la puerta del patio, para dar mayor pompa á la reconciliación, y mantuvo, con la mano, abierta

de par en par la puerta de la tienda, mientras la señora Lorilleux, en traje de seda, se detenía en el dintel. Todos los invitados se habían puesto en pie. Y Gervasia se adelantó, dió un beso á su cuñada, como se había convenido, y dijo:

—Vamos, entrad. Lo pasado, pasado ¿verdad?... En adelante, siempre amigas.

Y la señora Lorilleux contestó:

—No deseo más sino que sea para siempre.

Cuando acabó de entrar, Lorilleux se detuvo también en el dintel, esperando que le dieran el beso antes de penetrar en la tienda. Ni uno ni otro llevaban ramo; habíanse negado á ello, para que no pareciese que se sometían demasiado á la Banbán llevándole flores en la primera entrevista. Entre tanto Gervasia llamó á Agustina para que trajese dos botellas. Después, en un ángulo de la mesa, llenó de vino las copas y llamó á todo el mundo. Y cada cual tomó una copa, y brindó por la buena armonía entre la familia. Hubo un rato de silencio; la reunión bebía, las mujeres levantaban el codo, de un trago, hasta la última gota.

—No hay nada mejor que un trago antes de la sopa—declaró Boche, dando un chasquido con la lengua.—Vale más esto que un puntapié en el trasero.

Mamá Coupeau, que se había colocado enfrente de la puerta para ver la nariz de los Lorilleux, tiró del vestido á Gervasia y se la llevó á la trastienda. Y allí, inclinadas las dos sobre el puchero de la sopa, continuaron chismorreando en voz baja:

—¡Vaya una jeta!—dijo la anciana.—Vos habéis podido verles; pero yo les acechaba... Cuando ella ha percibido la mesa, ha hecho una mueca así, las junturas de la boca se le han subido hasta los ojos; en cuanto á él, para no ahogarse, ha tenido que toser... Miradles, ahora, en aquel rincón; á falta de saliva que tragar, se comen los labios.

—¡Dan lástima, de veras, unas gentes tan envidiosas!—murmuró Gervasia.

Efectivamente, los Lorilleux hacían una triste figura. De seguro que á nadie le agrada ser aplastado; en las familias, sobre todo, cuando unos medran, los demás

rabían; es muy natural. Pero al menos saben contenerse, y no darse en espectáculo. ¡Pues bien! Los Lorilleux no sabían contenerse. Aquello era superior á sus fuerzas, y miraban bizco, y la boca se les ponía de través. Tan á las claras se manifestaba su despecho, que los demás convidados no pudieron menos que preguntarles si se hallaban indispuestos. En la vida digerirían la mesa con sus catorce cubiertos, sus blancos manteles y sus rabanadas de pan cortadas de antemano. Creía uno encontrarse en un restaurant de los bulevares.

La señora Lorilleux dió la vuelta á la mesa, bajó los ojos, para no ver las flores, y disimuladamente tocó el mantel, torturada con la idea de que fuese nuevo.

—¡Ya está!—exclamó Gervasia reapareciendo, sonriente, desnudos los brazos y revoloteando en sus sienes su rizado pelo.

Los invitados pataleaban en torno de la mesa. Todos tenían hambre, y bostezaban ligeramente, con aire de aburrimiento.

—Si llegase el patrón—añadió la planchadora,—podríamos empezar.

—Tiempo tendrá de enfriarse la sopa—dijo la señora Lorilleux.—Coupeau se olvida siempre. Mejor hubiera sido no dejarle salir.

Eran ya las seis y media. Los guisos cocían demasiado, y el pato iba á pasarse. Entonces, Gervasia, desconsolada, propuso que fuese alguno á recorrer las tabernas del barrio, á ver si daba con Coupeau. Ofrecióse Gouget; ella quiso acompañarle y Virginia, inquieta por la tardanza de su marido, se fué con ellos. Los tres, con la cabeza al aire libre, ocupaban toda la acera. El herrero, vestido de gabán, daba el brazo izquierdo á Gervasia y el derecho á Virginia, haciendo el cesto de dos asas, como decía él, frase que le pareció tan chusca, que hubieron de pararse un rato, para soltar el trapo á la risa. Y viendo sus figuras en el espejo del salchichero, redoblaron sus carcajadas. Junto á Gouget, que vestía de negro, las dos mujeres parecían dos gallinas pintadas, la costurera con su traje de muselina salpicado de ramos color de rosa, y